

---

## ANDANDO POR CONSTANTINOPLA.

---

Pero volvamos á Constantinopla y espaciémosnos como los pájaros en el cielo. Aquí pueden realizarse todos los caprichos: puede encenderse el cigarro en Europa y verter la ceniza en Asia.

Por la mañana al levantarnos, nos podíamos preguntar:

—¿Qué parte del mundo visitaremos hoy?

Hay donde elegir entre dos continentes y entre dos mares.

A nuestra disposicion tenemos caballos ensillados en todas las plazoletas, lanchas de vela en todas las bahías, piróscafos en cien escalas; el cáique que se desliza, la *talika* que vuela y un ejército de cicerones que hablan todas las lenguas de Europa.

¿Quereis asistir á la comedia italiana? ¿Ver bailar á los derises? ¿Escuchar las bufonadas de Caragueuz, el *jolichinela* turco? ¿Oír las canciones licenciosas de los teatrillos de París? ¿Asistir á las representaciones gimnásticas de los zingaros? ¿Haceros cortar por un rapsodista una leyenda árabe? ¿Ir a teatro griego? ¿Escuchar el

sermon de un *imán*? ¿Ver pasar al Sultán? Pedid y os servirán en el acto.

Todas las naciones están á vuestro servicio: el armenio, para haceros la barba; el hebreo, para limpiaros las botas; el turco, para conducir os embarcado; el negro, para sosteneros en el baño; el griego, para servir os el café, y todos ellos para engañaros.

Para refrescar, encontrais al paso helados hechos con la nieve del Olimpo; si sois golosos, podeis beber agua del Nilo, como el Sultán; si sois débiles de estómago, agua del Eufrates; si sois nerviosos, agua del Danubio.

Podeis comer, como el árabe, en el Desierto, ó como los gastrónomos en la *Maison Dorée*.

Para pasar la siesta, teneis los cementerios: para aturdir os, el puente de la Sultana Validé; para soñar, el Bósforo; para ocupar el domingo, el Archipiélago de los príncipes; para mirar al Asia Menor, el monte de Bulgurlú; para contemplar el Cuerno de Oro, la torre de Galata; para verlo todo, la torre del Serasquier.

Pero es una ciudad todavía más extraña que bella. Las cosas que nunca se presentan juntas á nuestra mente, allí se presentan reunidas ante nuestra vista.

Desde Scutari parte la caravana para la Meca y el tren directo para Brusa, la antigua metrópoli. Entre los muros misteriosos del viejo

Serrallo, corre el camino de hierro que vá á Sofía; los soldados turcos dan escolta al clérigo católico, que lleva el Santo Viático; el pueblo celebra fiestas en los cementerios; la vida, la muerte, los placeres, todo se abraza y se confunde.

Veis el movimiento de Lóndres y el letargo del ocio oriental; una inmensa vida pública y un impenetrable misterio en la vida privada; un gobierno absoluto y una libertad sin límites.

Durante los primeros días, no puede pensarse seriamente en nada; parece que á cada instante debe cesar aquel desórden y estallar una revolución.

Todas las noches, al volver á casa, parece que se vuelve de un viaje; todas las mañanas se pregunta uno:—¿Pero es cierto que estoy cerca de Stambul?

No se sabe á dónde ir para que repose la imaginación; una impresion destruye las otras; los deseos se atropellan; el tiempo huye; quisiera uno permanecer allí toda la vida, y al mismo tiempo marcharse al día siguiente.

¿Cuándo hay tiempo para describir este caos? Al momento viene la tentación de hacer un paquete con todos los libros y todas las cuartillas emborronadas sobre la mesa, y arrojarlo todo por la ventana.

## GALATA.

Mi amigo y yo no conseguimos poner en órden el *maremagnum* de nuestras cabezas hasta el cuarto día de la llegada. Estábamos en el puente bien temprano, indecisos todavía sobre lo que habíamos de hacer aquel día, cuando Yunk me propuso dar nuestro primer gran paseo con un objeto determinado y con el ánimo tranquilo para observar y estudiar.

—Recorramos—me dijo—toda la ribera setentrional del Cuerno de Oro, aún á costa de caminar hasta la noche. Almorzaremos en una taberna turca, dormiremos la siesta á la sombra de un plátano, y regresaremos en barca.

Acepté la proposición; nos proveimos de cigarrillos y de moneda suelta, y dando una ojeada al plano de la ciudad, salimos en dirección á Galata.

El lector que quiera conocer bien á Constantinopla, haga el sacrificio de acompañarnos.

Llegamos á Galata. Aquí debe comenzar nuestra excursión. Galata está colocada sobre una co-

lina que forma promontorio entre el Cuerno de Oro y el Bósforo y donde se hallaba el gran cementerio bizantino antiguo. Es la *City* de Constantinopla.

Casi todas sus calles son estrechas y tortuosas, flanqueadas de tabernas, de tiendas y de pastelerías, de barberías y de carnicerías, de cafés griegos y armenios, de escritorios de negociantes, de oficinas y de barracas: todo oscuro, húmedo, fangoso y pedregoso, como en los barrios bajos de Lóndres.

Una multitud compacta y atareada vá y viene por las calles, abriéndose continuamente para dar paso á los mozos de cuerda, á los carros, á los asnos, á los ómnibus. Casi todo el comercio de Constantinopla cruza por aquel barrio. Allí están la bolsa, la aduana, las oficinas del Lloyd austriaco, las de las mensajerías francesas, iglesias, conventos, hospitales, almacenes.

Gran ferro-carril subterráneo une á Galata con Pera.

Si no se vieran por las calles los turbantes y los fez, no parecería que estaba uno en Oriente. Por todas partes se oye hablar francés, italiano ó genovés.

Los genoveses viven allí como en casa propia, y aun se dan cierto aire de protectores, como cuando cerraban el puerto á su voluntad y respondían con los cañones á las amenazas de los

Emperadores. Pero de su pujanza no queda otro monumento que alguna vetusta casa de gruesos pilares y arcadas pesadas y el antiguo edificio donde residía el Podestá (1).

La Galata antigua ha desaparecido casi por completo. Millares de casuchas han venido al suelo para abrir dos largas calles; una de éstas remonta la colina hácia Pera, y la otra corre paralela á la playa, de un extremo á otro de Galata.

Por esta última echamos mi amigo y yo, refugiándonos á cada paso en las tiendas, para dejar espacio á los grandes ómnibus, precedidos de turcos descamisados, que limpiaban la calle á fuerza de latigazos.

A cada instante sonaba en nuestros oídos un grito. El mozo turco decía:—*Sacun há!* (¡Plaza!)—El aguador armenio:—*Varme su!*—El aguador griego:—*Crio nero!*—El burrero turco:—*Buradú!*—El vendedor de dulces:—*Scerbet!*—El vendedor de periódicos:—*Neologos!*—El carretero franco:—*Guarda! Guarda!*—A los diez minutos de camino habíamos ensordecido.

En cierto punto, nos fijamos en que la calle no estaba empedrada, y parecía que las aceras se habían quitado recientemente. Nos detuvimos mirando y tratamos de inquirir la causa. Un tendero italiano satisfizo nuestra curiosidad.

(1) Título antiguo del primer magistrado de Génova.

Aquella calle conduce al palacio del Sultan. Pocos meses antes, pasando por allí el cortejo imperial, el caballo de Su Majestad Abdul-Aziz, habia resbalado y caído, y el buen Sultan, irritado, ordenó que fuesen inmediatamente arrancadas las aceras, desde el sitio de su caída hasta el palacio!!!

## LA TORRE.

En aquel sitio memorable, fijamos el término oriental de nuestra peregrinacion, y volviendo la espalda al Bósforo, nos dirigimos por una série de callejuelas tétricas y súcias, hácia la *Torre de Galata*.

La ciudad de Galata tiene la forma de un abanico abierto, y la torre, colocada en la cúspide de la colina, forma el pié del abanico.

Es una torre redonda, altísima, de color oscuro, y termina en aguda punta cónica formada por un techo de cobre, bajo el cual corre larga fila de ventanas con vidrieras: especie de azotea cubierta y trasparente, donde dia y noche vigila el centinela para señalar el primer indicio de incendio que aparezca en la inmensa ciudad.

Alrededor de aquella torre se agrupa la Galata de los genoveses y la torre se levanta sobre la línea de las murallas que separaban á Galata de Pera; murallas de las que casi no queda huella. Y aún la torre no es la misma antigua torre de Cristo, erigida en honor de los genoveses que cayeron combatiendo, porque la restauró el Sultán Mahmud II, y ya antes había sido restaurada por Selim III. Pero siempre resulta un monumento coronado por la gloria de los genoveses, y un ita-

liano no puede contemplarlo sin pensar, con cierto sentimiento de vanidad, en aquel puñado de mercaderes, de marineros y de soldados, orgullosamente audaces y heroicamente testarudos, que tuvieron enarbolada por siglos la bandera de la madre República, tratando de igual á igual con los Emperadores de Oriente.

## EL CEMENTERIO.

Apenas dejamos la torre, nos encontramos en un cementerio musulman.

Era aquel que se denomina *El Cementerio de Galata*: un gran bosque de cipreses que, desde lo alto de la colina de Pera, desciende rápidamente hasta el Cuerno de Oro, sombreando una miriada de columnitas de piedra y de mármol, inclinadas en todas las direcciones y esparcidas en agradable desorden por la pendiente.

Algunas de estas columnitas terminan en forma de turbante redondo y conservan huellas de colores é inscripciones; otras terminan en punta; muchas están rotas; otras mutiladas; otras desmechadas, cuyos turbantes han sido arrancados de cuajo, y se cree que sean las de los genizaros que el Sultán Mahmud quiso castigar aun despues de muertos.

La mayor parte de las tumbas están indicadas por un promontorio de tierra en forma de prisma y por dos piedras en ambos extremos, sobre las cuales, segun las supersticiones musulmanas, deben sentarse los dos ángeles Nekir y Menkir, para juzgar el alma del difunto.

Aquí y allá véense pequeños terraplenes circundados por diminutas cercas de piedra ó por hileras, en médio á los cuales se levanta una columna rematada por grueso turbante, y alrededor, otras columnitas más pequeñas: es un Bajá ó un gran señor sepultado en medio de sus mujeres y de sus hijos.

Estrechos senderos serpentean y entrecruzan en mil puntos, de extremo á extremo del bosque; algun turco fuma su pipa sentado á la sombra; algunos muchachos corren y saltan por entre las tumbas; pacen algunas vacas; centenares de tórtolas cantan en las ramas de los cipreses; pasan grupos de mujeres cubiertas; y entre ciprés y ciprés, luce alegre el fondo azul del Cuerno de Oro, salpicado de blanco por los minaretes de Stambul.

## PERA.

Salimos del cementerio; volvimos á pasar al pié de la torre de Galata, y tomamos la calle principal de Pera.

*Pera* está colocada á cien metros sobre el nivel del mar; es aérea y alegre y mira al Cuerno de Oro y al Bósforo.

Es el *West-End* de la colonia europea: la ciudad de la elegancia y de los placeres.

La calle que recorriamos está flanqueada de hoteles ingleses y franceses, de cafés espléndidos, de tiendas deslumbradoras, de teatros, de consulados, de clubs y de palacios de Embajadores, entre los cuales descuella el de la embajada rusa, que domina como una fortaleza á Pera, Galata y el barrio de *Fundukli*, situado sobre la ribera del Bósforo.

Aquí tambien bulle una muchedumbre atareada, pero enteramente diversa de la de Galata. Vénse sombreros de copa y sombrerillos de señora, con plumas y flores. Vénse petimetres griegos, italianos y franceses; negociantes de alto bordo, empleados de las legaciones, oficiales de naves extranjeras, carruajes de Embajadores y figuras equívocas de todas las naciones.

Los turcos se páran á admirar las cabezas

de cera en las tiendas de los peluqueros; las turcas detienen su paso con la boca abierta, ante los escaparates de las modistas; el europeo habla en voz alta, gesticula y bromea en medio de la calle; el musulman se siente en casa ajena y pasa con la cabeza ménos erguida que en Stambul.

De repente, mi amigo me hizo volver hácia atrás para que mirase á Stambul. Desde aquel elevado punto, se veían lejos, tras un velo azulado, la colina del Serrallo, Santa Sofía y el minarete del Sultan Ahmed; otro mundo de aquel en que estábamos. Despues me dijo:—Mira aquí ahora.— Bajé los ojos y leí en una vidriera: *La dame aux camelias, Madame Bovary, Mademoiselle Giraud ma femme*. Y aun á mí tambien aquel rápido contraste me impresionó vivamente, obligándome á permanecer un momento reflexionando sobre él.

Otra vez detuve yo á mi compañero, y fué para enseñarle un café maravilloso: ¡un ancho y largo corredor oscuro, en cuyo fondo, por gran ventana abierta de par en par, se veía en un horizonte que parecía inmenso, Scutari iluminada por el sol!

Caminábamos adelante por la calle mayor de Pera y habíamos casi llegado á su fin, cuando oimos decir con voz potente:—¡Te amo, Adela!

¡Te amo más que á mí vida! ¡Te amo cuanto puede amarse sobre la tierra!»—Nos miramos cara á cara sorprendidos. ¿De dónde venía aquella voz? Al volvernos, vimos por el resquicio de una celosía un jardín lleno de asientos, un escenario y algunos cómicos que ensayaban.

Una señora turca, cerca de nosotros, miraba por las rendijas y reía con toda su alma. Un viejo turco que pasaba, movió la cabeza con aire compasivo.

De improviso, la turca lanza un grito y huye; otras mujeres que la rodean empiezan á gritar, y vuelven la espalda. ¿Qué ha sucedido?

Es un turco, un hombre como de cincuenta años, conocido en toda Constantinopla, que pasea por las calles en el estado á que quería reducir á todos los musulmanes el famoso monge Turk, bajo el reinado de Mahomet IV: desnudo desde la cabeza hasta los piés.

El desgraciado baila sobre las piedras gritando y gesticulando, y un turbion de pilluelos le sigue armando un ruido de todos los demonios.—Es de esperar que lo prenderán, dije al portero del teatro.—Ni por soñacion, repuso; hace meses que vaga por la ciudad libremente. En tanto, se notaba allá abajo por la calle de Pera, gente que salía á las puertas de las tiendas, mujeres que corrían, muchachos que se tapaban la cara, puertas que se cerraban, cabezas que se retiraban de las ventanas....!

¡Y esto sucede todos los días y nadie se cuida de pensar en ello!

Saliendo de la calle de Pera, nos encontramos ante otro cementerio musulman, sombreado por apretada selva de cipreses y cerrado por alto muro.

Si no nos lo hubieran dicho despues, jamás hubiéramos adivinado la razón de la existencia de aquella gran muralla, levantada recientemente: era que aquel bosque, consagrado al reposo de los muertos.... ¡se había convertido en nido de amores soldadescos!

Siguiendo adelante, encontramos el inmenso cuartel de artillería, levantado por Scialil-Bajá: edificio sólido, de forma rectangular, de estilo morisco del Renacimiento turco, con una puerta flanqueada por columnas ligeras y coronada por la media luna y la estrella de oro de Mahmud, con galerías voladas y ventanas adornadas por escudos y arabescos.

Ante el cuartel arranca la calle de Jiedessy, que no es sino prolongacion de la de Pera; á la otra parte de la calle, se extiende la vasta plaza de armas y despues de ésta, otro barrio.

Aquí, donde en los días de trabajo reina ordinariamente profundo silencio, la tarde de los



domingos corre un torrente de gente y una procesion de coches; toda la sociedad elegante de Pera que vá á espaciarse en los jardines, en las cervecerías y en los cafés de la otra parte del cuartel.

En uno de estos cafés, hicimos nuestro primer descanso. en el Café de *Bella-vista*, punto de reunion de la *crema* de la sociedad perana, y digno verdaderamente de su nombre. Porque desde su gran jardin, suspendido como una terraza á considerable altura, se ve, bajo el gran barrio musulman de Funducú, el Bósforo cubierto de barcos; la ribera asiática sembrada de huertos y de caseríos; Scutari con sus blancas mezquitas: lindo conjunto de belleza campestre, de verde, de azul y de luz, que parece un sueño.

Nos levantamos de allí con pena, y nos pareció á los dos que éramos unos miserables, dejando ocho sueldos por dos tazas de café, despues de haber gozado aquella vision de paraíso terrenal.

#### EL GRAN CAMPO DE LOS MUERTOS.

Saliendo de *Bella-vista*, nos encontramos en medio del *Gran Campo de los muertos*, donde en cementerios distintos, se sepulta á gente de todos los cultos, exceptuando al israelita.

Es un bosque cerrado de cipreses, de acacias y de sicomoros, en el cual blanquean millares de piedras sepulcrales, que de lejos semejan la ruina de edificio inmenso. Entre árbol y árbol se contempla el Bósforo y la orilla asiática.

Entre las tumbas serpean anchos caminos, por los que pasean griegos y armenios. Sobre algunas piedras se sientan los turcos con las piernas cruzadas, mirando el Bósforo.

Hay allí una sombra, un fresco y una paz, que al momento de entrar se experimenta deliciosa sensacion, como cuando se entra de repente en las grandes catedrales semi-oscuros.

Nos detuvimos en el cementerio armenio. Las piedras sepulcrales son todas enormes y planas, cubiertas de inscripciones con caracteres regulares y elegantes de la lengua armenia y sobre casi todas grabada una imágen que representa el oficio ó la profesion del muerto.

Hay martillos, sillas, plumas, escritorios, collares; el banquero está representado por un libro

de cuentas; el obispo por una mitra; el barbero por una vacía; el cirujano por una lanceta.

Sobre una piedra vimos una cabeza separada del tronco, y el cuello chorreando sangre; era el sepulcro de un asesinado ó de un ajusticiado. Un armenio dormía á su lado, extendido sobre la yerba con la cara hácia el cielo.

Entramos en el cementerio musulmán. También aquí hay una infinidad de columnitas en filas y en grupos desordenados; algunas, con el remate pintado ó dorado. Las de las mujeres, terminadas por un grupo de ornamentos en relieve, que representan flores; muchas, circundadas de arbustos y de florecillas.

Mientras estábamos observando una de estas columnas, dos turcos que tenían por la mano á un niño, pasaron junto á nosotros, anduvieron todavía cincuenta pasos, se detuvieron ante un sepulcro, se sentaron en él, y abriendo un envoltorio que llevaban bajo el brazo, pusieron á comer. Me detuve á observarlos. Cuando hubieron terminado, el de edad más avanzada metió una cosa en un pliego de papel—me parece que pescado y un poco de pan;—y con actitud respetuosa, colocó el pequeño paquete en un agujero junto al sepulcro. Después encendieron sus pipas y fumaron tranquilamente; el muchacho se levantó y se puso á corretear por el cementerio.

Aquel pescado y aquel pan—así me lo expli-

caron luego—era la parte de alimento que los turcos dejan en señal de afecto á su pariente, enterrado probablemente hacía poco; y aquel agujero, era el boquete que se abre en la tierra, junto á la cabeza de todo difunto musulmán, para que pueda escuchar los lamentos y los llantos de las personas queridas, y recibir alguna gota de agua de rosa ó sentir el perfume de alguna flor.

Acabada la que podríamos llamar fumada fúnebre, los dos piadosos turcos se levantaron, y tomando de la mano al niño, desaparecieron entre los cipreses.

## PANCALDI.

Salimos del cementerio y nos encontramos en otro barrio cristiano, *Pancaldi*, atravesado por calles espaciosas, flanqueadas de edificios nuevos; circundado de caseríos, de jardines, de hospitales y de grandes cuarteles. Es el barrio de Constantinopla más alejado del mar; una vez visitado el cual, volvimos atrás para descender hácia el Cuerno de Oro.

Pero en la última casa del barrio, asistimos á un espectáculo nuevo y solemne: el paso de un entierro griego.

Una muchedumbre silenciosa baja formada por la calle; viene delante compacto grupo de clérigos griegos, con togas recamadas. El *archimandrita* (1), con corona en la cabeza y largo hábito resplandeciente de oro; jóvenes eclesiásticos ataviados de vivos colores; una multitud de parientes y de amigos con sus más ricos vestidos, y en medio de ellos un ataúd con guirnaldas de flores, en el cual vá colocada una jovencita de

(1) Dignidad eclesiástica del estado regular en la Iglesia griega, inferior á la de obispo.—Lleva toga, cruz de oro al cuello y baston incrustado de oro y marfil.

quince años, vestida de raso y resplandeciente de joyas, con la cara descubierta: cara pequeña, blanca como la nieve, boca ligeramente contraída con la expresión del espasmo, y dos bellísimas trenzas negras extendidas por los hombros y hasta el seno. El féretro pasa, la muchedumbre se cierra tras él, el convoy se aleja y nosotros quedamos solos y pensativos en una calle desierta....